

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		Pesetas.
Mes	1	
Trimestre	2,50	
Semestre	5	
Año	10	

PROVINCIAS		
Tres meses	3	
Solo	5,50	
Año	10	
Extranjero y Ultramar	8 pesos	

CORRESPONSALES		
25 números	2,50	

NÚMERO CORRIENTE
15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

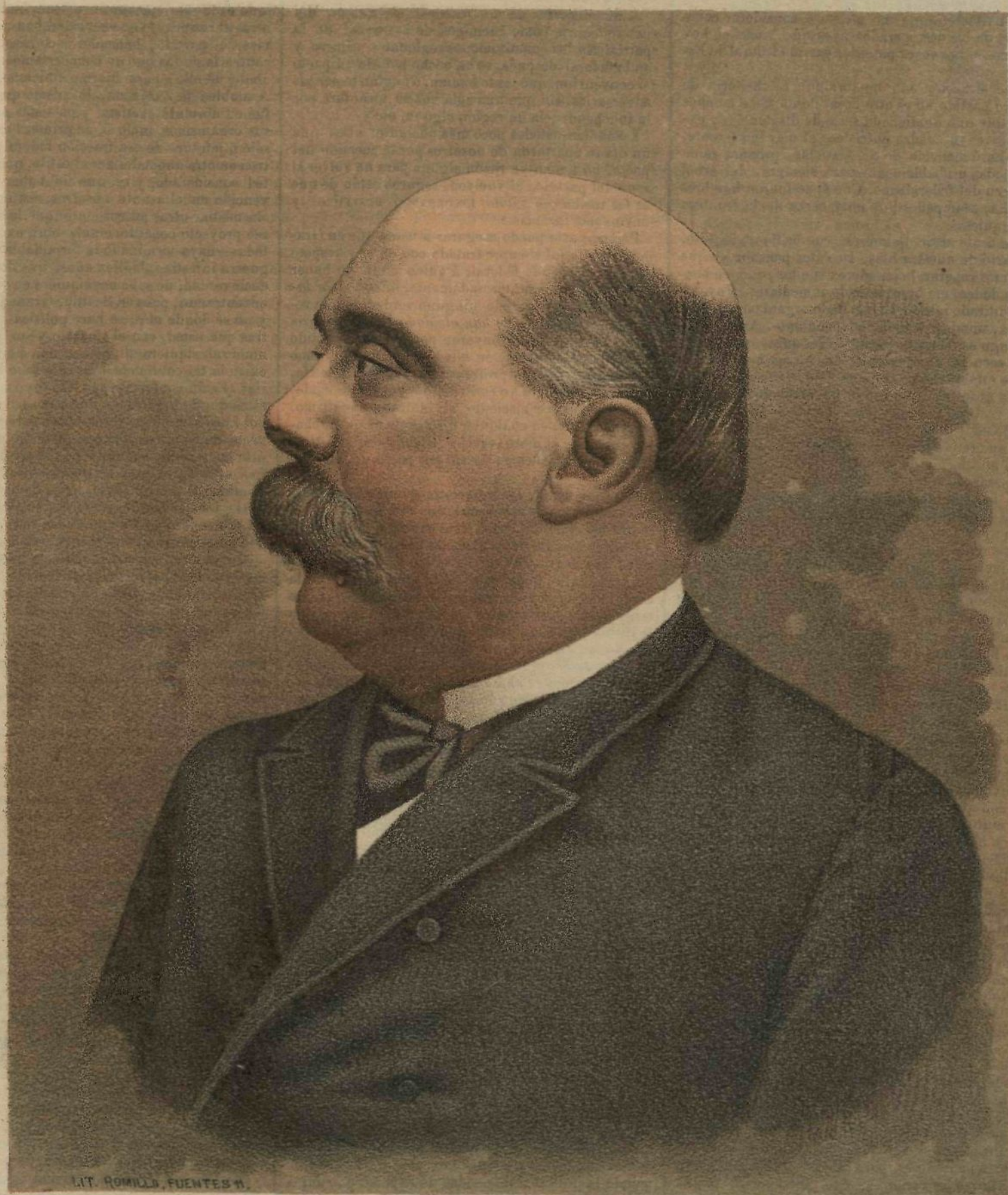
ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO
15 céntimos.



D. Emilio Castelar.

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA

En el próximo número publicaremos el retrato de D. Nicolás Salmerón.

A continuación irá el del marqués de Santa Marta, y después el del heroico capitán Mangado.

Y á propósito de éste.

Suplicamos á nuestros amigos y correligionarios que nos digan si saben dónde se encuentra alguno de los que le acompañaban el día que la traición le hizo sucumbir, para pedirle unos datos que en vano hemos procurado obtener, ni aun dirigiéndonos á las personas que creíamos en el deber de saberlos, á fin de liquidar una cuenta.

Van publicados los retratos de los Sres. Ruiz Zorrilla, Pi y Margall y Dulong.

DOCUMENTO IMPORTANTE

«Sr. D. Francisco Pi y Margall.

Muy señor mío y distinguido correligionario: Estímulo poderoso, que bastante he resistido, excitaciones de amigos á que no puedo sustraerme, y la voz imperiosa del deber, que suena en mi conciencia, me impelen á dirigir á usted con toda la respetuosa deferencia que sus prestigios merecen, una seria invitación, que me atrevo á considerar como eco fiel de los desesperados ayes que lanza el hoy exánime, otras veces potente, partido federal de España.

¡Qué situación tan deplorable! La historia de nuestro partido no es otra cosa, desde hace muchos años, que una desdichada serie de disidencias y excisiones cuyo cuadro entristece al más indiferente.

No haré mención de Sr. Castelar, primera rama desgajada, probablemente para siempre, del árbol frondoso del federalismo. Con él se fueron hombres de valía, acampados hoy muy cerca de la frontera monárquica.

Más tarde el Sr. Salmerón, con brillante séquito, se apartó de nuestra filas. De éstos pensaba yo que podíamos esperar halagadoras vueltas, que, en ocasiones dadas, me han parecido inmediatas. Hoy, ya han edificado iglesia: se han dado organización, programa, nombre y vida independiente. Aunque su abolengo es federal, y aceptan las autonomías y todo lo esencial de nuestro credo, no me hago ilusiones de que quieran cobijarse bajo la misma bandera que nosotros. Sólo funde un resto de esperanza en su rectitud política; pues comulgar en idénticos principios y hacer vida separada, pareceme á mí una inmoralidad, casi casi un delito de lesa integridad ó mutilación de su partido.

A pesar de estos desprendimientos, éramos todavía los federales hueste numerosísima. Vivimos en aparente unión hasta Febrero de 1881; y digo unión *aparente*, porque el terrible cáncer devoraba secretamente nuestro seno. Estalló, en efecto, la gran lucha del pactismo, actuó en dos cuadros simultáneos: la ruptura de usted con el Sr. Figueras, llevándose cada cual su gran pedazo del partido; y la separación de usted de un gran número de sus amigos, por causa del mismo pacto: total: que donde no había más que federales, resultaron pactistas, orgánicos é independientes. Estos últimos no nos hemos organizado ni solos ni en unión con los orgánicos (á pesar de estar unidos con éstos frente al pacto y en lo demás del programa federal), por causas secundarias que se explicarán en ocasión más oportuna. De hecho, sin embargo, nos consideramos todos unos.

Volviendo á mi relato, nada es comparable á la saña con que durante diez años nos hemos destrozado mutuamente pactistas y no pactistas. ¡Cuánto gozaría el genio satánico de la discordia con estos espectáculos!

Solos quedaron ustedes, los pactistas, organizándose á distancia de los restantes federales, mas no vivieron en paz: quedó con ustedes el germen de la desunión, y vimos á Luis Blanc con *La Montaña* salirse de las filas, y vimos separarse del Consejo á dignos miembros, y dejar de ser *La República* el órgano oficial de los pactistas; y por si fuera poco todo esto, se colma la medida marchándose un Comité local con todos sus elementos, y le sucede otro análogo, que ya protesta igualmente de desatenciones y desvíos, marcándose á las claras la nueva disidencia.

Todo esto, Sr. D. Francisco, es muy extraño. No le choca á usted el fenómeno? ¡Qué maléfico influjo se ha posesionado del partido desde su primer origen llevándolo hasta los confines de su ruina? Problema es este que deben estudiar nuestros hombres pensadores, para saber de qué lado habrán de dirigirse los conjuros. Afortunadamente la luz está próxima á hacerse, y muy pronto, tal vez, va-

mos á conocer el nombre y la filiación de ese microbio político tan tenazmente opuesto á la vida del partido. Muchas inteligencias, armadas de escabello y microscopio, quieren poner al descubierto la causa de nuestro mal.

Hay otro orden de consideraciones que debo tocar también, aunque sea rápidamente. Ni el Consejo federal *pactista* ni ninguno de sus órganos se ocupan del pacto desde hace mucho tiempo. Los centros de provincia—algunos por lo menos—se titulan *pactistas* todavía; y no sólo conservan esta denominación, que acordó suprimir la Asamblea de 1882, sino que amoldan al sentido hostil del mismo su conducta, diferenciándose de la actitud menos áspera y más conciliadora del Consejo. Los hechos hay que presentarlos como son. ¿En qué puede consistir tan esencial diferencia? ¿Es que subsiste aún, á pesar de las declaraciones del Consejo, la división y la animosidad entre pactistas y antipactistas, que fué más enconada, por regla general, y más irreconciliable entre aquellos correligionarios que menos han entendido la cuestión?

Manifestaba usted, de acuerdo con el Consejo en Julio de 1883, poco después de aprobar la Asamblea de Zaragoza el proyecto de Constitución ó pacto federativo, que una vez celebrado el famoso convenio, origen de tanta controversia, ya la cuestión quedaba concluida.

«Enmudecerán, decían ustedes, los que un día nos señalaron como enemigos de la unidad de la patria. En las constituciones regionales primero y en la federal después, se ha hecho por fin el pacto ó convención, que tanto temían, ó fingían temer sus adversarios, sin que una sola voz se levantara por la independencia de región alguna, etc.»

Y añadan ustedes poco adelante: «Los que un día se apartaron de nosotros por la cuestión del pacto, no tienen ya razón alguna para no volver al seno del partido. Si vuelven, seguros están de que se los reciba con júbilo recordando beneficios y olvidando injurias.»

Por mi parte puedo asegurar á usted que en Granada, donde fui siempre tratado con amor y respeto por todo el partido federal, á quien creía yo haber servido noble y desinteresadamente, *ni han recordado á estas horas servicio ninguno verdadero* (me refiero á los pactistas) *ni han olvidado la imaginaria apostasía que me atribuyeron por haber combatido el pacto, separándome en este punto del supremo jefe, á quien allí se profesaba verdadera idolatría, no sin que hubiese yo contribuido, por cierto modo, más ó menos inconsciente, al indicado fanatismo.* Lógico era que en cualquier disidencia en que luchasen el ídolo y el mero servidor, sucumbiese el último con demostraciones de desvío por parte de los idolatras.

Perdone usted, D. Francisco, que me haya ocupado de mi modesta persona, con el sólo fin de presentar un ejemplo, entre otros muchos, de las tristes consecuencias de la excisión pactista. No pido á usted que le guarde por eso el menor resentimiento. ¿Qué culpa tiene usted de la ignorancia y de la credulidad de muchos que se llamaron *pactistas*, sin saber lo que traían entre manos, y figurándose, en la ilusión del buen deseo, que *pactista y revolucionario* eran sinónimos? A medida que vayan saliendo de su error, ¡qué cambios van á notarse! Yo dedicaría algunos ratos á disipar las nubes que aun oscurecen la verdad ante sus ojos. Pero sería más breve y de más seguro efecto, á la vez que menos desahogado á ciertos apasionamientos, que fuere usted mismo quien les dirigiera cuatro frases, rectificando siquiera lo erróneo y lo ofensivo del juicio de algunos de ellos, sobre nuestra consecuencia y honradez política; rectificación que, si no la refuta el adversario digno, menos la escatimará el digno correligionario, de rectitud tan proverbial.

Esos rasgos de rudeza pactista que aun subsisten son una denostación de que los buenos propósitos y los esfuerzos de usted y del Consejo tratándonos como correligionarios y llamándonos al seno del partido, cuyas cerradas puertas nos abrían de par en par, han resultado insuficientes para producir el fruto de conciliación que ustedes indudablemente deseaban. Necesitábase, por lo visto, más esfuerzo y más reiterados y expresivos llamamientos; algo, tal vez, de exhortación y buen consejo á los pactistas de provincias, recomendándoles mucho aquella actitud de júbilo y lo de *recordar los beneficios y olvidar las injurias*. Como no se ha hecho así, y fueron las reprimendas ó cargos primitivos bastante apasionados, y más feos los desargos ó reparaciones últimas, no es de extrañar que seamos todavía *pactistas ó federales* los que, por todo crimen, nos alarmamos ante un peligro separatista, más ó menos inminente, y quisimos conjurarlo proclamando la unidad é integridad de España; patriótica actitud en que se habrían colocado del mismo modo

que nosotros, ante el propio temor, nuestros correligionarios los pactistas, á quienes no consideramos peores ni con menos patriotismo que nosotros los que impugnamos el pacto.

He dicho más arriba que el Consejo federal era pactista, y pude añadir que sigue siéndolo. Suponiendo que la Asamblea de Zaragoza ostentase la delegación completa de todas las provincias españolas (en lo que algo habría de gratuito), nadie rechazaría que sólo la formaron representantes del pactismo. El manifiesto de ustedes declarando terminada esta cuestión no se había publicado, ni el proyecto de Constitución ó pacto estaba hecho. Lejos de ello, existían dos acuerdos, iguales y contrarios, de la Asamblea precedente: uno suprimiendo el apellido *pactista* del nombre del partido, que triunfó por 17 votos contra 11; y otro, cuya proposición se presentó inmediatamente en desagravio del fervor pactista próximo á desbordar, ratificándose solemnemente, como dogmas del partido, la *autonomía* y el *pacto*, y lo de *no ser federal quien los pusiese en duda ó los negase*; proposición que unánimemente tuvieron ustedes que votar, sufriendo buen palmetazo los 17 que habían aprobado la supresión de *pactistas*.

Yo prescindo, si se quiere, de lo impropio que es eso de darse uno á sí mismo la razón contra un tercero que ni siquiera ha intervenido en el debate (que es lo que ejecutaron ustedes respecto de nosotros al ratificar lo que consideraban uno de los dogmas del partido, haciendo poco caso de la opinión contraria de los que no concuerdamos); mas si prescindo de ello, para fijarme únicamente en que la Asamblea de Zaragoza, lo mismo que la anterior, fué en absoluto pactista, y pactistas por ende todos sus organismos, incluso, en primer término, el Consejo ó jefatura de esa fracción federal, me encuentro con otra anomalía por el estilo, que ya habrá usted considerado, y es, que sin haber tenido intervención en el asunto nosotros, los no pactistas, y sin mediar otros antecedentes que la aprobación de ese proyecto constitucional—obra exclusiva de ustedes—haya terminado la formidable contienda, la guerra intestina de diez años, tras de los cuales, á decir verdad, no sabemos siquiera en qué actitud nos encontramos, pues en Sevilla, Granada y Zaragoza, y no sé dónde más, se hace política *pactista*, mientras que usted, con el Consejo y sus periódicos, ni nombran siquiera el pacto ni dan á entender que ha existido tal contienda. ¿Es esto todo lo que se quería? ¿Están conformes con ello los pactistas? ¿Creen éstos que la gigantesca lucha del federalismo español quedó en efecto terminada? ¿Creen que ese proyecto de Constitución era el terrible pacto, y que éste ha podido celebrarse por sólo los pactistas que fueron á Zaragoza? Si se dice *amen*, yo lo digo igualmente por mi parte, pues deseo como nadie de la reconciliación entre republicanos federales, no promoveré yo las apuntadas discusiones, si á dicho fin es conveniente. Veremos en qué se queda.

Voy á terminar este imperfecto boceto, sin añadir mas que otro rasgo de la situación que nos rodea. El Consejo federal, según lo relatado, no podía dejar de ser pactista sin incurrir en aquella excomunión de la Asamblea de 1882, que no ha sido derogada. Carecía de atribuciones, incurriendo en verdadera apostasía, si á nosotros—impenitentes no pactistas—nos declaraba federales. Es terrible el conflicto que el mismo se ha creado, y el dilema que surge no tiene escapatoria. O se aparta usted, D. Francisco, de los suyos, si nos acoge á nosotros en el seno del partido, ó vuelve á lanzarnos de él después de habernos abierto de par en par las puertas. ¡A esto imposible y casi ridícula situación hemos llegado, lógicamente, pero triste consecuencia, no ya de erróneas doctrinas, sino del completo olvido de las prácticas democráticas, que, observadas debidamente, no nos permitiríamos esta atmósfera de abatimiento y desprestigio.

Una deplorable situación, que, unos más y otros menos, todos hemos traído, no tiene mas que un remedio. D. Francisco, y ese remedio estamos todos en el deber indeclinable de aplicarlo. Yo voy á manifestar cuáles son para usted, cuya ilustración, bien superior á la mía, lo sobra lo conoce, sino porque esta carta, lo mismo que su respuesta, en las que no nos ocupamos de asuntos particulares, habrán de ver la luz pública, á fin de que observen los federales españoles que tratamos de lo que á todos interesa, y lo que un gran número de ellos se proponen seriamente realizar. Los fragmentos dispersos del partido, atrayéndose con fuerza irresistible, quieren unirse nuevamente, quieren vivir y organizarse cual corresponde á su elevada misión. Se impone la necesidad de una reorganización, lo más completa posible, del antiguo partido federal.

Ya sabe usted que es doctrina de derecho y regla práctica conforme con el sentido común, que todo

lo que adolece del vicio de nulidad, y más si ha sido ejecutado en daño propio y sin provecho ajeno, debe tenerse por no hecho. Desde 1881, fuerza es reconocerlo, hemos obrado todos con más ó menos pasión y mucho acaloramiento. Ciertos conceptos no fueron bien expresados; no fueron bien entendidos; fueron objeto de agrias disputas, en vez de serlo de seria, benévola y razonada discusión: los ánimos se exacerbaron, tomó parte el afecto personal, y surgió una excisión donde, fundada y racionalmente, no cabía. Yo estoy conforme con lo que ha dicho usted más de una vez: que no habiéndose tratado de poner en peligro la unidad é integridad de la patria, la cuestión del pacto no debió nunca dividir al partido federal. En franca y desapasionada discusión se hubiera visto la mayor ó menor aplicabilidad de ese procedimiento, y en vez de un perjuicio extraordinario, habríamos hecho al partido mucho bien. Afortunadamente siempre es tiempo de subsanar estos perjuicios; siempre se puede; y en rigor se debe deshacer lo mal hecho para ejecutarlo otra vez cual corresponde.

Restitúyanse las relaciones interiores del partido al estado que tenían en Enero de 1881. Hágase, en debida forma, la convocatoria de todos los federales á una Asamblea del mismo, manifestándose en el preámbulo que ni aquella gran excisión ni ninguna de las surgidas desde el 3 de Enero han tenido fundamento sólido, y que la nueva Asamblea, con el debido previo examen, resolverá todos los problemas que importen al federalismo, dejando bien definidos nuestros principios y reglas de conducta generales en lo interior y lo exterior del partido. Abrase de nuevo la discusión sobre el proyecto constitucional de Zaragoza, por si se ocurre alguna variante digna de aprobación, ya que no intervinieron allí muchísimos correligionarios, con igual derecho á voz y voto é igual obligación de suscribir ese pacto, para respetarlo y cumplirlo igualmente que todos. Elíjanse las personas que deban dirigir la marcha del partido, confiándoseles las facultades necesarias para que puedan llevarnos al triunfo de la República por el camino más breve y más eficaz; brevedad y eficacia que, en el sentir de la inmensa mayoría del partido, no se encuentra confinada en los procedimientos de la mera evolución, deficientes, por necesidad, donde reúne el poder tantos y tan fuertes y arraigados atractivos, y donde la legalidad corriente no ha dado aún (ni en teoría) los medios para pasar legalmente de un régimen á otro, medios que, en todo caso—y esto se sabe casi oficialmente—no serían respetados. La impaciencia de los nuestros, si quiere usted que la llamemos de este modo, la encuentro más justificada, y es mucho más popular y más simpática que la pacientísima conformidad de los señores evolucionistas. La filiación de *pacientes é impacientes* arrojaría, sin género de duda, un contingente de los últimos muchísimo mayor.

Tales, Sr. D. Francisco, el verdadero remedio para salir del miserable estado en que yace el partido más numeroso de España. Yo le repito á usted que son muchísimos los correligionarios, sin distinción de matices, lo mismo de Madrid que de provincias, que están resueltos, sin que nada ni nadie los contenga, á emprender esa reorganización y esa marcha que quedan apuntadas, dominando en todos un amplio espíritu de buena fe, de confraternidad, de respeto y recíproco olvido de resentimientos anteriores.

Como vengo al mismo tiempo observando, cada vez más claramente, que en usted abundan idénticos deseos de concordia y de extensa reorganización á juzgar por varias manifestaciones de *El Nuevo Régimen*, me atrevo á dirigirle esta pregunta cuya respuesta leerán con avidez todos los nuestros:

¿Puede contarse con la valiosa cooperación de usted para realizar todos juntos la ansiada unificación del gran partido federal sobre las fecundas bases que han sido señaladas?

Grande influencia ejercerá su contestación, sobre todo si se digna usted darla, franca y categórica, en sentido afirmativo.

En todo caso, esta carta será siempre un testimonio del respeto y fraternal sentimiento que le aseguraba más arriba; y un acto de consideración, por parte mía, tributado al prestigio y superiores dotes que me complazco en reconocer en usted, haciéndole justicia.

Quedo de usted su más atento correligionario y S. S. Q. B. S. M.

DOMINGO SANCHEZ YAGO.

Madrid 7 de Mayo de 1891.

Esta notable carta ha publicado *La República*. Llegó la ocasión para el Sr. Pi, y ahora vamos á ver si es cierto que desea la reorganización del partido federal, como tantas veces ha dicho.

Olvidando pasadas luchas y levantando el cora-

zón á la altura del bien de la patria, puede hacerse perdonar sus anteriores extravíos.

Los federales están sedientos de paz y reorganización; acabe el Sr. Pi de enterrar al pactismo, cadáver cuyos miasmas llevan la peste de la división al partido genuinamente revolucionario de España; convoque esa Asamblea á que le invitan, y cumpla en espíritu y en verdad con todos sus correligionarios.

Nada de exclusiones de grupos ni de personas; nada de hacer hincapié en detalles insignificantes que no afectan á la doctrina, y á reconstruir el partido cual estaba antes de la disidencia que él inició con el pacto: con un directorio que mate las jefaturas y una organización que excluya los personalismos.

Pues si no lo hiciere ahora, tendríamos todos derecho á suponer que se había propuesto dividir en vez de sumar; predicar la concordia y mantener el odio; servir indirectamente á la monarquía en lugar de combatirla cara á cara.

Un poco de grandeza de alma y de desinterés personal, y á preparar sin pérdida de tiempo la unión de todos los federales. Esto es lo que la salvación de la patria y el bien de la República exigen del Sr. Pi.

¿Defraudará estas esperanzas? Casi nos atreveríamos á decir que no, por sobrarle talento para comprender que se anularía completamente si no respondiese á la excitación, con honores de súplica, que se le hace en la carta anteriormente transcrita. Sentiríamos mucho engañarnos.

DE ACUERDO EN TODO

La República inserta un notable artículo, titulado *Desdichas y vergüenzas presentes*, que lleva la firma de *Espartaco*, pseudónimo de un republicano importante, probado y antiguo.

En la imposibilidad de trasladarlo íntegro, cual quisiéramos, publicaremos los siguientes párrafos:

«Se han acabado los tiempos heroicos, se nos dice desde lo alto de las cimas republicanas. No hay, ni puede, ni debe haber más que *orden, paz y evolución*. Y con esto, monarquía democrática á lo sumo. No puede aspirar á más nuestra generación.—Castelar.»

«Está la soberanía detentada, y con ésta los derechos todos. Debemos, por tanto, proclamar en principio el derecho de insurrección; pero no hay por qué aplicarlo ahora. Hoy debemos ser muy pacíficos, sensatos y hombres de orden. Las revoluciones las hace la opinión nacional, y no el deseo de los partidos. Esperemos á que el espíritu público determine la acción revolucionaria, para hacerla efectiva en la vida real. Hacer otra cosa es una insensatez. Y no esperemos, á lo sumo, más que una *República conservadora, dirigida y gobernada por conservadores*.—Salmerón.»

«Nosotros somos un partido revolucionario y queremos la revolución; pero no pronunciamientos periódicos que sólo sirven para hacer víctimas. Por otra parte, hoy disfrutamos más garantías en nuestros derechos que en tiempos de la Revolución. Nuestro primer deber está en propagar incesantemente y en organizar el partido federal. Quede para otros la triste misión de trastornar el país sublevando á unos cuantos oficiales y sargentos á toda hora y á cada momento.—Pi y Margall.»

Así, de este modo, tan conforme con el pensamiento é intereses de los políticos monárquicos de la restauración, se expresan los tres jefes supremos del republicanismo histórico. Cuando en público se manifiestan de manera tan explícita y terminante contra la acción y sentido revolucionario, contrariando la lógica y el común sentir que inspira á las masas republicanas, ¿qué no harán en secreto para estorbar los trabajos y evitar los hechos revolucionarios?

Y los tres jefes indiscutibles, elevados á la sublime categoría de pontífices de la democracia republicana, tienen partidarios ciegos y apasionados hasta el fanatismo, sacrificando en el ara de su Dios político los principios más puros, fundamentales y necesarios del credo democrático, poniendo á su ídolo sobre el partido, la doctrina y la moral, y de los intereses y prestigios de la gran colectividad republicana. Bajemos la cabeza avergonzados de sufrir tal ignominia.

Los significados en primer término para elevar el nivel moral de esta desdichada é ineducada nación, dignificar á los hombres y á la sociedad, mantener la pureza de las ideas y ser intérpretes fieles de los principios y de la voluntad de la democracia, trabajando enérgicamente y sin cesar para alcanzar el triunfo del derecho con el régimen republicano, corrompen las ideas, anulan las energías de la muchedumbre, sometiéndolas á su interés ó á su vanidad, y oponen su escepticismo endiosado al entusiasmo de los republicanos que trabajan en todos los terrenos y sin reparar en sacrificios personales para instaurar la República.

Cuán doloroso nos es consignar estas incontrovertibles y evidentes verdades, no hay para qué decirlo; pero si la conducta y acción que ellas revelan contribuyen poderosamente, como creemos, á que las aflicciones y males de la patria subsistan y á que se muestren vigorosas las inmundicias políticas y sociales azotando descaradamente la faz noble y honrada del pueblo español desde los altos sitios donde tienen origen y favor, justo y conveniente es ponerlas al descubierto para castigo

y enmienda, si los hay, de sus autores y vergüenza de cuantos las consienten de buena ó mala voluntad. No podemos hacer otra cosa, por hoy, para evitar el vilipendio de los que son menospreciados y escarnecidos en sus creencias y en su dignidad desde sitios convertidos en santuarios sagrados é inviolables por el fanatismo idólatrico personal, sin embargo de ocuparlos quienes viven entregados á la adoración incesante de su persona con nimia religiosidad.

De este modo y por estos males, lo entronizado en Sagunto á expensas de la revolución y contra la República impera aún con todo el esplendor de sus mejores días, prestándole vigor la apostasía y la deslealtad, y consistencia la ruindad de las almas refractarias al sacrificio, movidas solo al compás y medida de insanos egoísmos, alimentados por la soberbia del yo satánico. Y con estos, la complicidad de los rebajados á la condición de cosas, que aceptan humildes y resignados la situación vergonzosa que los personalmente endiosados les imponen.

Hora es, y necesario de toda necesidad, que el pueblo republicano salga, por un esfuerzo de su voluntad soberana, del estado degradante en que vive, y eleve su dignidad por encima de los endiosados que lo humillan y menosprecian, haciéndoles sentir todo el peso de su poder moral y político, volviendo por los fueros de su conciencia lastimada en lo más hondo de todo ser racional.

Están altos y ensoberbecidos los llamados jefes por propio derecho, porque los sometidos á su jefatura se bajan y humillan. Que éstos se eleven al nivel de los hombres, como lo exigen de consuno su dignidad y las doctrinas que profesan, y aquéllos se humanizarán haciéndose servidores fieles y efectivos de la causa republicana, ó serán arrinconados en el desván de los útiles viejos é inservibles.

Al cabo se trata de *colosos con pies de barro* fáciles de derribar. Les falta firmeza en su base á los que perdieron la República, á su aptitud, celo y energía confiada, y con la República, la Revolución de Septiembre.

Lo deplorable, y que nos llega al alma, es que con estos se presten á sumarse elementos que venían manteniendo tenaz y enérgica protesta, abriendo un paréntesis, en cuya realidad no queremos creer, á su vida y compromisos revolucionarios. Triunfa, al parecer, la debilidad egoísta y vana ante las desdichas de la patria.»

Reflejan tan fielmente nuestro pensamiento esos párrafos sentidos, enérgicos y viriles, que no debemos poner ni una línea de comentario, sino limitarnos á lamentar que tenga razón el articulista para lanzar tan duros y tremendos cargos á los jefes que á tan desdichada y vergonzosa situación nos han traído.

Reciba nuestra enhorabuena el experto político que se oculta tras el pseudónimo de *Espartaco*.

¿DEVOTOS, Ó TOMADORES?

«Ayer, mientras una señora oraba fervorosamente en la iglesia de San Ildefonso, le fué sustraído del bolsillo todo el dinero que llevaba.»

«A un caballero que concurrió ayer á las cuarenta horas, en la parroquia de... le fué robado un magnífico reloj de oro.»

Todos los días se leen en los periódicos noticias parecidas; y como por otra parte los curas se lamentan del escaso número de fieles que concurre á los templos, es cosa de preguntarse: «¿A que resulta que son poquitos, pero ladrones en su mayoría?»

Es un escándalo lo que está ocurriendo en esas casas de Dios. No puede una persona desocupada entrar en una iglesia á buscar á su novia, ó á una amiga, ó á echar un sueño, ó á tomar el fresco en verano, sin que en seguida se le acerque un devoto buscándole el bolsillo.

Y si eso les ocurre á los que entran por curiosidad ó pasatiempo, ¿qué no les ocurrirá á los que se quedan extasiados en místicos arrobamientos ante las imágenes?

A lo mejor está un buen creyente adorando al santo de su devoción, y siente la mano de algún hermano en Cristo que le ronda los bolsillos del chaleco.

Si es católico de buena ley, esto es, de los que por nada en el mundo armarían un escándalo en una iglesia, se limita á decir: «¡Hermano! Si busca usted el cepillo, está allí en la pared, junto al altar.»

Otros, los más, no se andan con contemplaciones, y sin fijarse en la santidad del sitio, le sueltan una de cuello vuelto al primer cristiano que les tienta el reloj; seres imperfectos que no han llegado al completo menosprecio de las cosas terrenales.

¿Y las beatas? Llegan una, se sientan en su silla, se acerca el monago á cobrarle el alquiler, y se encuentra con que la han dejado sin un perro chico, cortándole la faltriquera.

Tiene razón una vieja de mi vecindad cuando dice, de acuerdo con el Evangelio, que hay quien convierte el templo en cueva de ladrones; añadiendo que cuando va á la iglesia no lleva mas que quince céntimos, diez para pagar la silla y cinco para la virgen del Amor Hermoso, y esos guardados en el pecho y con cierto temor á que la codicia impulse á algún largo de manos á atrevimientos deshonestos, pues los devotos se atreven á todo.

DECLARACIÓN NECESARIA

Los diputados de la coalición popular (y la calificamos así para que nadie la confunda con la electoral ni la parlamentaria pactadas por los jefes), no tienen derecho á creerse ni llamarse diputados republicano-progresistas.

A la coalición deben sus actas, y, por lo tanto, diputados son de la coalición, por más que individualmente pertenezcan á aquel partido.

Así lo han reconocido los cuatro con quienes hemos hablado, si bien no han cumplido aún lo que ofrecieron, de confirmarse como tales diputados de la coalición en el Congreso.

De algún tiempo acá, pero sobre todo después de las conferencias celebradas en Biarritz, venimos observando que algunos periódicos y ciertos republicanos, antaño defensores entusiastas de la coalición popular, apenas si la nombran, y en cambio jalean la otra, la de los jefes, que con firmeza y tesón combatieron.

¿Por qué? Esto es lo que no comprendemos, por más que de buena voluntad lo procuramos.

La coalición ha cumplido con su deber. Si alguien no puede decir lo mismo, bastante lo siente ella. Lo que se le ha exigido ha hecho; á nada se ha negado. Creyó de buena fe que podía ayudar á que se realizase la base segunda, y obró en consecuencia.

Por lo tanto, creemos que, no solo por ser justo y por haberlo así ofrecido, deben declararse diputados coalicionistas esos señores, sino por honrarse representando á la coalición popular.

Tengan de ella hoy la opinión que quieran los que la acogieron con júbilo porque venía á darles lo que no tenían, los diputados que á ella deben sus actas no pueden olvidarla por esa otra que á nada práctico conduce, sin incurrir en la nota de ingratos, ó en la peor aún, de republicanos que hacen política personal, base de todos nuestros enervamientos y desdichas.

PROVOCACIÓN INSENSATA

Al ir á efectuarse el día 27 de Abril en Mahón el entierro civil de la niña de dos años, Dolores Barranco, el inspector de vigilancia, obedeciendo órdenes recibidas del gobernador, prohibió que la conducción del cadáver se verificara después de las seis de la tarde y que se acompañase con hachas.

Con este motivo se formaron grupos junto á la casa mortuoria, que comentaban pacíficamente aquella medida arbitraria, cuando de repente, sin aviso ni amonestaciones, salieron tropas de la guarnición de la fortaleza, que con fusil cargado y bayoneta calada, disolvieron la concurrencia, haciendo algunas detenciones.

La gente no profirió grito alguno ni cometió ningún desmán; tomáronse militarmente las avenidas del cementerio y varios puntos de la ciudad, produciéndose el mayor escándalo y perturbando á los vecinos.

También arrestó el delegado á D. Juan J. Rodríguez, director del Banco de Mahón, por un incidente relacionado con el entierro, si bien fué puesto en libertad en cuanto le tomó declaración el juez.

¿Qué se propusieron las autoridades conservadoras de Mahón al promover tal escándalo? ¿Que los republicanos mahoneses, al verse atropellados de aquella manera, protestasen en cierta forma, para tomar contra ellos medidas que interrumpiesen los trabajos electorales?

Si fué esto, buen chasco se llevaron. Nuestros amigos son allí más prudentes y previsores de lo que los conservadores creen, y no caen en lazos tan groseros.

Cuando ellos crean que ha llegado el momento de obrar de otro modo, no necesitarán excitaciones de sus enemigos para cumplir con su deber.

PALOS Y PEDRADAS

Hecho ocurrido en la carretera de Escatrón á Zaida: Un labriego sin trabajo salió al camino decidido á robar al primero que encontrase, y éste fué un arriero, á quien echó el alto y pidió los dineros que llevaba.

—Toma treinta duros; es todo lo que tengo—respondió el detenido.

—Los tomo porque no tengo más remedio que ser ladrón, para que mi familia no se muera de hambre.

Al ir á echárselos al bolsillo varió de manera de pensar, y le dijo al arriero:

—Toma, toma, chico; con un duro tengo suficiente—y le devolvió los veintinueve restantes.

—¿Quieres algo de lo que llevo en el carro?—le dijo el arriero al ver aquella generosidad.

—Sí, mejor será que me des judías y arroz, y toma este duro, que yo no sirvo para estas cosas.

El arriero entregó al labrador un saquete con comestibles y le entregó además cinco duros, que el jornalero no quería.

—Tómalos—le dijo el arriero;—esto es una propina que yo te doy.

Y sólo así los aceptó.

Leo esto, y pienso en la carcajada que soltarán los conservadores que no tenían ni donde caerse muertos antes de la restauración y que hoy insultan al pueblo con los capitales que se agenciaron robando y estafando.

La cortejó cuando él era secretario de embajada, pero vió desdeñadas sus pretensiones.

Sentó plaza en las filas de Loyola, y volvió á encontrarla al pie del confesionario, convirtiéndose en su director espiritual.

La joven, huérfana y rica, parece que se ve asediada por su antiguo pretendiente para que, ya que no quiso serlo suya, sea esposa de Cristo, aportando por supuesto al matrimonio su cuantiosa fortuna.

Se dice que en el asunto han mediado, además del jesuita, un prelado y la superiora de un convento, sin conseguir que la joven consienta en entrar en él, y que, en previsión de lo que pueda ocurrir, tendrá que intervenir en el asunto el ministro de Gracia y Justicia.

¿El ministro de Gracia y Justicia?

¡Bah! Para esas *pequeñeces*, en otros tiempos, los de Rivero pongo por caso, bastaba la intervención de la Guardia civil.

Se presentó el comisionado de apremio en un pueblo de la provincia de Almería, y al ir á embargar á los contribuyentes morosos, se encontró con que éstos nada poseían, porque se le habían adelantado los usureros.

El, en cambio, tuvo que dejar la capa, embargada por el posadero, para pago de los gastos que pensó satisfacer con las dietas que no cobró.

¿A quién se le ocurre, después de dieciséis años de gobiernos restauradores, suponer que los contribuyentes conservan algo más que la piel?

Hoy enviar los comisionados de apremio á las poblaciones rurales, es lo mismo que buscar mendrugos en cama de galgos.

En la calle del Espejo ha fallecido, víctima de la hidrofobia, una niña de doce años que hace unos treinta días fué mordida por un perro vagabundo.

Por el juzgado correspondiente se han empezado á instruir las primeras diligencias en averiguación del hecho.

Pues el hecho ya está averiguado: que, como hace poco fué devorado un niño por dos perros, hoy, mordida por otro, muere una niña, y se quedan tan tranquilos los encargados de hacer cumplir las ordenanzas municipales.

Los republicanos del distrito de la Inclusa, en Madrid, lo mismo pactistas, que orgánicos, que progresistas, que centralistas, que posibilistas, han declarado que quieren la coalición para todos los fines que puedan coadyuvar al triunfo de la República.

Esto es lo que ha acordado la coalición nacional y lo que ha defendido siempre EL MOTIN enfrente de esas coaliciones pactadas por los jefes, electorales ó parlamentarias únicamente.

Y esto es lo que seguirá defendiendo, convencido de que sin la unión para todo es imposible llegar á nada.

Quejosos por el modo en que se ha hecho el reparto de candidaturas para concejales, los posibilistas se han separado de la coalición electoral republicana.

Consuélenos los coligados diciendo como el aragonés á quien hablaban de lo dudoso de la pureza de su novia: ¡Pa lo que había de durar!

Porque ya se sabe, por haberlo dicho Pi, que la coalición sólo tardará en deshacerse lo que tardan en verificarse las elecciones municipales.

En la Fábrica Nacional del Timbre se ha descubierto un desfalcó que asciende á algunos miles de pesetas.

Como se ve, la moralidad administrativa prometida por los conservadores, sigue quedando en descubierto con el país.

Han sido denunciados EL LIBERAL, de Jaén, el primer número de LA BANDERA LAICA, en Castellón, y LA PUBLICIDAD, en Barcelona.

(Se continuará.)

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

En Bérchules, provincia de Granada, existe la costumbre inveterada de sacar á San Marcos, su patrono, en procesión, y para dar más tono y esplendor á la fiesta, tras las andas van en compactas bandas como cosa corriente, devotos y animales juntamente. Sucedió en la de este año que un garañón, á la piedad extraño, en amorosa y bárbara porfía, salió tras una burra de estampía, dando al viento rebuznos alarmantes y pavor á los fieles congregantes. Como el asno, también faltó al decoro, tal vez por causa igual, un bravo toro que á fuerza de embestidas y cornadas, dejó á varias devotas mal paradas; y la ovación al santo milagrero pareció por lo tanto un herradero. Lo cual prueba, lector, entre otras cosas, que donde hay multitudes religiosas, te expones al peor mal de los males, cual es el de tratar con animales.

Dice un periódico que el día 1.º de Mayo, en Barcelona, fueron los sacerdotes á los templos vestidos de paisano.

Alguien pensará que esto acusa falta de valor en los curas; pero bien mirado, lo que significa es inusitado arrojo.

Con la sotana, que recuerda su voto de pobreza, hubieran estado seguros de encontrar simpatías entre los proletarios, mientras que vestidos de burgués provocaban sus iras.

Porque supongo que no irían de gorra, por más que éste sea su deseo constante.

¡Oh lector que tengas el buen gusto de saborear estas flores!

Si acaso tus negocios te llevan alguna vez al pueblo de Torre Pero Gil, descúbrete una legua antes de llegar á él, porque hay un *parroquidermo* y un juez municipal enemigos declarados de que nadie tenga cubierta la cabeza.

Y cuando oigas decir que el primero va á echarse á la calle en asunto de su oficio, escapa como alma que lleva el diablo, pues irás á la cárcel por un quítame allá esas pajas, como fué últimamente un pobre vendedor de hortalizas.

La envidia clava despiadadamente en mí sus garras aceradas, al pensar en los buenos ratos que pasará Manoliyo, el de Alcalá de Guadaira, explicando á las jóvenes que forman no sé qué asociación, lo que se contiene en el sexto mandamiento.

Porque, aun cuando lo haga en términos cultos y comedidos, la materia es simpática, y la misma dificultad que hay para expresarse claramente, aumenta el encanto en la conversación.

Que lo envidio, vamos.

Un alemán, llamado Francisco Hermán, ha sido detenido en la iglesia de San Pascual, en el momento en que sacaba con una ballena untada de pez en un extremo, el dinero que había en uno de los cepillos.

Bien empleado le está por torpe y atrasado.

Si fuera más listo, sabría que aquí, para limpiar impunemente los cepillos del templo, lo que se usa no es la ballena y la pez, sino la pluma de escritor mestizo.

El padre Peña, de Alcalá, fué á Meco y predicó contra los que no piensan como él.

Hizo perfectamente: vive de eso, y no sería mal tonto si tirase piedras á su tejado.

Lo único que podría pedírsele es que se expresase más cultamente y no lanzara palabrotas; pero, ¿á qué perder el tiempo en esto, si al fin y al cabo es cura?

Veinte pesetas de multa le han impuesto al cura de Criptana, por matutear en aguardiente.

Ya se lo dirá él de misas á los que se las han impuesto, el día que necesiten de sus servicios.

De seguro que los mete de matute en el purgatorio, si es que no puede en el infierno.

Al cabo de cincuenta y seis años de ausencia, han tomado los frailes posesión de la iglesia y convento de San Francisco, en Cádiz.

Celebraré que los desahucien pronto, aun cuando sea con arreglo á las leyes que en esta materia regían allá por 1834.

Villa del Río. ¿Está bien que un cura examine de doctrina cristiana á dos novios en una taberna?

—¿Y por qué no? ¿Acaso están más limpias las sacristías ó se bebe en ellas menos?

Madrigalejo. ¿Que si debe un padre que ve á un cura pegar á su hijo, devolverle las caricias?

Ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos, amén.

BIBLIOGRAFÍA

Con los cuadernos 29 al 32 de la *Arquitectura de las Lenguas* que acaban de repartirse, ha terminado la publicación de esta importantísima obra del eminente filólogo D. Eduardo Benot, cuya adquisición recomendamos á nuestros lectores.

Consta de 32 cuadernos al precio de una peseta cada uno. Se halla de venta y se admiten suscripciones en la casa editorial de D. Juan Muñoz Sánchez, Fúcar, 3, Madrid, y en las principales librerías.

Democracia, Federación y Socialismo, por Pablo Correa y Zafraña, precedido de un prólogo de D. Francisco Pi y Margall. Segunda edición. Precio, dos pesetas. La obra de nuestro malogrado correligionario mereció las mayores alabanzas cuando se publicó la primera edición. Calle de Peligros, 3, librería de Victoriano Perdiguerro.

Nuevo teatro crítico, por doña Emilia Pardo Bazán. Mayo, 1891. Precio, una peseta cincuenta céntimos. Tan notable como los anteriores. Mendizábal, 31.

Historia de la prostitución en España y en América, por E. Rodríguez Solís. Tomo 2.º, cuaderno 9. Precio, cincuenta céntimos. Atocha, 80, 2.º

Contiene notables trabajos el tomo 28 del año 3.º de *La España moderna* que acaba de publicarse. Precio, tres pesetas. Serrano, 68.

OBRA NUEVA

LA SALAMANDRA

por

EUGENIO SUE

Un tomo: DOS pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.